

## 2º PREMIO

Miguel Baena Laseca

### Soledad en las calles

- Papá, ya estamos llegando-. Dijo suavemente su hija.

El viejo, en el asiento de al lado, despertó del leve sueño que le producen los viajes en coche. Allá al fondo estaba su amado pueblo, bajo la sierra que tanto había andado de niño y entre los campos de cereal y girasoles que le tocó arar, sembrar y cosechar.

Al adentrarse el coche por las escasas calles del pueblo el viejo miraba con entusiasmo para ver antiguos conocidos que estuvieran charlando en la plaza, cogiendo agua de la fuente para regar huertos o dando un ameno paseo. Sin embargo, la soledad se había apoderado de las calles. Tan sólo pudo reconocer dos coches de los únicos agricultores que quedaban.

Apagado el motor, el viejo salió torpemente del coche apoyándose pronto en su bastón. Ahí tenía en frente, con su fachada lisa coloreada de amarillo, la casa que le había visto crecer y que con tanto amargor tuvo que abandonar. Abrió su hija la puerta y, después de ella, entró apartando las cortinas inexistentes en la ciudad.

Al pasar lo primero que notó fue ese fresco ambiente que guardaba la casa a pesar de haber llegado el verano y ese olor que inmediatamente le llenó la cabeza de recuerdos felices. Atravesó la casa inspeccionando cada habitación para comprobar que todo estaba igual a como lo recordaba y bajó al corral. Saludó a su manzano, su ciruelo y su nogal y cogió un puñado de tierra muerta que antaño fue huerto, de la cual brotaban deliciosas hortalizas que nada tienen que ver con las que compra.

Volvió a entrar en la casa y, como escuchaba que su hija estaba en el piso de arriba removiendo cosas, dijo en voz alta:

- Voy a dar una vuelta -.

- Vale, pero no tardes demasiado que nos tendremos que ir pron...-.

Antes de que hubiera acabado la frase ya sonó el sonido de la puerta cerrándose.

Contemplativo, el viejo andaba por las calles que un día rebosaban vida con niños que entraban y salían de todas las casas y jugaban sin fin desde la mañana a la noche, o con aquellos grupos de señoras y señores que hacían corros sentados en una buena sombra y hablaban y hablaban con conversaciones amenas y rumores. En el fondo, lo que realmente hacían sin darse cuenta era disfrutar de la cálida compañía de otros seres humanos. Él nunca fue de sentarse en esos corros a pasar la tarde hablando, pues prefería caminar, por el pueblo o por el monte, acompañado o sólo. Aunque ahora, no le hubiera importado sentarse en uno de esos corros, pues no sentía la fuerza en las piernas que un día tuvo para poder andar aquellos largos paseos.



Caminó por las yermas calles, sólo acompañado por gorriones y alguna que otra paloma en los tejados, y por aviones y golondrinas que no dejaban de hacer acrobacias sobre su cabeza. Se fue hasta las afueras del pueblo, pasada la iglesia, y contempló ese campo amarillo que a primera vista podría parecer escaso en vida, pero él sabía que de ella estaba lleno.

Recordó los paseos por los caminos que atraviesan los campos, donde veía corzos saltando entre el cultivo, asustadizas codornices tan sonoras al levantar el vuelo, perdices con sus pequeños perdigones, inalcanzables conejos y liebres, testarudos jabalíes, milanos, aguiluchos y águilas patrullando para llenar su buche y tantos y tantos pequeños pajarillos y flores que alegraban la vista con sus colores.

Y así paso una hora, sentado sobre un banco de piedra mirando al frente sin parar de recordar. La vida en ese pueblo no pertenecía al presente si no al pasado. Volviendo hacia casa pensaba mientras veía todas las persianas bajadas:

“- ¿Cómo es posible que este pueblo muera? Aquí la vida era tan tranquila, tan pacífica y austera. No había lujos ni extravagancias, pero había todo lo necesario para vivir. ¡Qué digo vivir!, todo lo necesario para disfrutar de la vida. Sentías la compañía de otros con tal fuerza que nunca te sentías sólo. Ahora en cambio, en esos pisos de las ciudades en los que estas enjaulado, donde ni si quiera sabes cómo se llama tu vecino, cuando necesitas ayuda, ¿con quién puedes contar cerca?

Hoy la comida que se compra, ni sabes de donde viene ni como la han producido. Aquí después de trabajar el huerto cogías verduras y frutos de tus árboles, bajabas al gallinero y cogías huevos, molías el cereal y tenías harina o abrías las colmenas y tenías una miel tan dulce....

En estos tiempos que corren se le ha olvidado a la gente que no hace falta tanto para ser feliz, que aquí tendrían todo lo necesario para serlo. Se empeñan en vivir llenos de ruido, de estrés y de impaciencia. Ay si supieran lo que he disfrutado de la vida aquí, lo feliz que he llegado a ser. Estoy seguro que no dejarían que este pueblo y esta forma de vivir murieran. -”

